

“Ser negro en pueblo de indios”: LOS ESCLAVOS del valle de Jauja del Siglo XVII

Por: Eduardo Barriga



Sumilla:

El siguiente artículo demuestra la presencia de esclavos negros en el valle de Jauja durante el Siglo XVII. Las características del valle, la baja proporción de la población y el número desigual de esclavos de cada sexo son condiciones analizadas por el autor como influyentes en una adaptación de los esclavos a la cultura de la zona y un cercano contacto con la población indígena.



Cuando uno pretende pensar en la presencia de afrodescendientes en el valle del Mantaro, conocido como el valle de Jauja en la colonia, lo primero en venir a la mente son los futbolistas limeños que juegan en los diversos clubes de Jauja, Concepción o Huancayo. Este tipo de asociación implica la falta de una relación directa con la presencia de negros que vivieran de manera permanente en el valle previamente al siglo XX. El conocido refrán “gallinazo no canta en puna” muchas veces es admitido como una verdad histórica, pero la documentación que se ubica en el Archivo Regional de Junín demuestra la presencia de negros (ya sean esclavos o libertos) desde tiempos coloniales en el valle. Este hecho no es muy conocido por no tratarse de una presencia masiva en comparación con el número de esclavos de Lima en la misma época. Por ello, el objetivo de este trabajo es demostrar la presencia africana en el valle de Jauja en el siglo XVII.

Es necesario conocer el contexto para presentar el lugar de asentamiento de estos esclavos. La provincia colonial de Jauja, que abarcaba mucho más territorio que el valle, era un conjunto de

pueblos. Este punto es importante, debido a que no nos estamos refiriendo a una realidad urbana, sino que toda esta provincia estaba circunscrita en la zona rural. Este tipo de asentamiento generaba una relación especial entre los pobladores, en su mayoría indígenas, aunque sin descartar la presencia de una minoría española que fue la que trajo a los esclavos africanos. En cuanto a la economía, fue una zona rica que dependía mucho de la ganadería debido a que, según los historiadores, el rey Carlos V dio una ordenanza en la que se prohibía que en este lugar existan haciendas. Esto originó que la actividad económica esté estrechamente ligada a la ganadería importada de Europa. Otra evidencia que nos sirve para demostrar la riqueza del valle es el hecho de que haya sido un lugar muy comercial ligado a los arrieros o trajinantes que viajaban desde zonas tan lejanas como Tucumán.

Así, el valle de Jauja fue un centro comercial que permitió la acumulación de grandes capitales. No es casualidad que los curacas principales de esta zona sean considerados como los más ricos de la colonia. En cuanto al poder español, no se puede afirmar con toda certeza que haya logrado una gran acumulación de dinero mientras gobernó esta provincia, pero en la documentación revisada del Archivo Regional de Junín se muestra que la mayoría de corregidores tuvo la tendencia de realizar transacciones comerciales con españoles e indígenas. Sin embargo, esto no basta para afirmar que todos los corregidores del valle hayan acumulado una gran riqueza durante su estancia en la provincia de Jauja.

De esta manera, el contexto presenta a una población mayoritariamente indígena con pequeños grupos blancos y mestizos en una zona comercial con el ganado como principal producto. Si bien hubo otros productos que fueron comercializados, (trigo, maíz, etc.) estos constituían una proporción pequeña respecto al ganado. Además, los gobernantes indígenas y españoles acumularon, en muchos casos, grandes sumas de dinero a través del comercio.

Ahora, ¿Cómo se relaciona todo lo anterior con la presencia de negros? Es necesario señalar que los esclavos eran señal de estatus, pues marcaban la diferencia entre ricos y pobres. Esto se debía a los altos precios de los esclavos en el mercado que no eran accesibles a todos los pobladores. Es así que los negros (incluyendo a las castas como mulatos o zambos) se asentaron como una minoría étnica en el valle.

Mientras tanto la población indígena adquirió una cultura mestiza con elementos propios

e importados que no necesariamente fueron exclusivamente españoles como lo indica José Carlos de la Puente Luna¹. Este autor señala que los hechiceros coloniales que habitaron esta zona cobraban por sus servicios a diferencia de sus pares de zonas como Huarochirí o Cajatambo. Al parecer habría la influencia de culturas no andinas en esta práctica del pago por servicios prestados que era poco común en los Andes durante el siglo XVII. Habiendo cambios en este patrón tan propio son probables las variaciones de algunos patrones en cuanto a la tenencia de esclavos como símbolo de poder. Así, algunos indígenas en el siglo XVII tenían esclavos, aunque las evidencias muestran que es probable que ya a partir de la segunda mitad del siglo XVI los curacas pudieran tener esclavos². A esto hay que añadir que al ser una zona donde no había haciendas y los obrajes contaban ya con una gran cantidad de mano de obra indígena, la mayoría de la población negra tuvo que desempeñar labores domésticas.

La presencia de esclavos negros se inició en el siglo XVI cuando los españoles los trajeron a vivir al valle de Jauja de manera permanente. Los africanos y sus descendientes “criollos” tuvieron un proceso de adaptación durante el cual se vieron forzados a relacionarse con indígenas y mestizos, pues algunos de ellos eran sus amos. Las labores domésticas de la mayoría de los africanos o criollos³ originaron un mayor acercamiento con los indígenas al estar dentro de su mundo y no separados en una hacienda. Por ello, esta minoría tan diversa⁴ tuvo que integrarse al mundo indígena del valle de Jauja. Sin embargo, esta integración no fue nada fácil pues se trataba de una minoría muy marcada y, por su origen africano, considerada de rango inferior.

Esta rápida revisión muestra lo difícil que debió ser la inserción de los esclavos en el valle. Si bien con el tiempo pudieron dejar de ser vistos como los marginados por su condición, no fue sencillo su reconocimiento como parte de la variedad de grupos que hubo en la zona. Hay un elemento que nos ayuda a señalar la influencia de los africanos en el valle. Se trata de aproximadamente nueve danzas “sobre negros” que aún hoy se siguen conservando en diversos distritos del valle del Mantaro. Éstas se practican en los lugares que fueron pueblos o asentamientos coloniales (Chongos Bajo, Huancayo, Cajas, etc.)⁵. En cierta forma podemos notar alguna identificación por parte de la población nativa hacia los negros. Es más, las danzas actuales se practican en Navidad, fecha en la cual, según la costumbre colonial, se

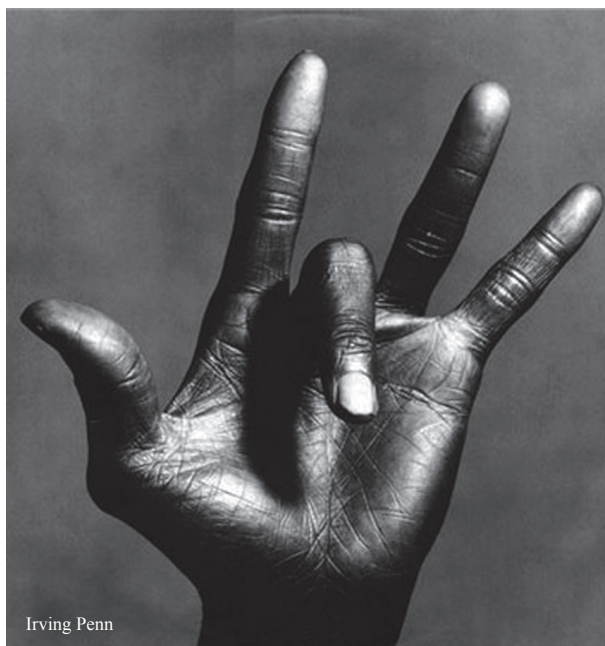
Acuarela de Pancho Fierro - Zamacueca en Amancaesca



otorgaba la libertad a los esclavos por un día. Lo difícil es determinar el momento de origen de estas danzas, pero aún así es posible sugerir la empatía con la población negra reflejada en los nativos del valle. Entonces, ¿Podemos hablar de integración de los africanos en el valle de Jauja? La evidencia documental nos sugiere una adaptación de los negros a la realidad del valle.

No es casual que a partir de la tercera década del siglo XVII se note un incremento en el número de zambos que nacieron en casa de sus dueños en el valle. Es decir hubo una especie de adaptación al medio local al no existir un número parejo de esclavos y esclavas. Los esclavos tuvieron que conseguir pareja en un medio con una cantidad de pares bastante reducida. Se creó así la necesidad de relacionarse con indígenas. Antes de la fecha señalada se encuentran referencias a mulatos, pero es bastante probable que muchos zambos fueran descritos como mulatos al no existir aún categorías exclusivas para las castas.

Al margen de esto, es notorio que los esclavos, y especialmente las esclavas, estuvieron en contacto permanente con los españoles. Sus hijos pudieron ser producto de violaciones o de encuentros fortuitos. Es curioso también encontrar casos de esclavas



que dejan de hacer sus deberes por encontrarse con indios del pueblo en la segunda mitad del siglo XVII. Así, los esclavos logran adaptarse y ser en cierta forma aceptados por la población indígena.

Otro elemento a tomarse en cuenta tiene que ver con el idioma utilizado por los esclavos para comunicarse con los demás. La mayoría de los esclavos que aparecen en los registros es criolla, lo cual implica un conocimiento del español. Esto funcionaba cuando los dueños de los esclavos eran españoles o curacas, indios ladinos que conocen el español, pero no debemos olvidar a otros indígenas que no hablaban la lengua española. En caso de que el amo no hablara español, los esclavos tuvieron que encontrar alguna manera de comunicarse. Es bastante probable, aunque la documentación no lo dice, que estos esclavos se vieran forzados a aprender el idioma de los indígenas. Por ejemplo, en 1655 se dio libertad a Isabel Bran y a sus dos hijos, cuya dueña fue una indígena que no sabía hablar español y estaba rodeada de un entorno quechuahablante⁶. El hablar el idioma de los naturales pudo crear un estrecho vínculo entre los esclavos y los indígenas, pues al romperse las barreras lingüísticas se abre un camino para generar mejores relaciones interpersonales.

Este tipo de adaptación que presentan los esclavos genera la siguiente interrogante: ¿hubo alguna influencia de los esclavos en la cultura del valle de Jauja? Si bien la influencia probablemente fue reducida dada la baja proporción de negros, sí puede hablarse de una cultura mestiza en el valle que pudo generar algunos cambios en cuanto a las

prácticas religiosas y, en menor medida, en la danza o gastronomía del valle. Se cuenta que cuando llegaron los negros futbolistas en el siglo XX se pensaba que eran capaces de sanar con el simple hecho de tocarlos. Esta idea del hechicero asociado al negro pudo tener sus orígenes en la colonia y ser trasladada a la mentalidad indígena. Es probable, sin embargo, que esta idea no sea originaria del valle del Mantaro, sino que al ser la zona un centro migratorio y comercial haya sido escenario de un intercambio de ideas y creencias además de productos. A esto hay que añadir la presencia de negros cimarrones, propios de la zona o traídos de lejos, que posiblemente eran considerados hechiceros y sanadores de males. Esto influyó de tal manera en la mentalidad indígena que hasta el día de hoy se preserva esta creencia.

En conclusión, vemos que hubo presencia africana en el valle del Mantaro desde la colonia, pero los esclavos pasaron por un proceso de adaptación en la zona debido a su baja proporción y el tipo de labores que realizaban. Por ello, hubo un fuerte contacto entre esta minoría y la mayoría indígena pues no todos los negros podían conseguir pareja dado el número desigual de personas del sexo opuesto. Esto generó un contacto con la población indígena que es reflejado en el número de zambos que hubo en el siglo XVII, en las danzas actuales, y en las creencias sobre el poder taumaturgo de los negros. La presencia africana en la sierra debe ser estudiada y tomada en cuenta para mostrar los mecanismos de adaptación de estas minorías.

NOTAS

- 1 DE LA PUENTE Luna, José Carlos "Los curacas hechiceros del valle de Jauja" (Lima: PUCP, 2007) pp. 78-88.
- 2 Para mayor información ver: José Carlos de la Puente Luna "Los curacas hechiceros...", Capítulo 4.
- 3 Una minoría de esclavos trabajaron en estancias o en los obrajes de Sapallanga o La Mejorada.
- 4 Los esclavos negros provenían de distintas zonas del África, mientras que los criollos eran fruto de variadas mezclas.
- 5 Para mayor información ver: Juan García Miranda "Danzas de negros en el valle del Mantaro, Perú" Revista de Investigaciones Folklóricas Vol. 12 (1997): 86-94.
- 6 Archivo Regional de Junín: Protocolo 7 2da parte (1649-1659) ff. 283v-284